



## LA MODA ACTUAL



TRAJE DE SEDA A DOS COLORES PARA FIESTA DE NOCHE; LA NOTA TIPICA DE LA MODA ACTUAL ESTA REPRESENTADA EN EL GRAN LAZO DELANTERO Y EL CABELLO AMPLIO Y SUELTO

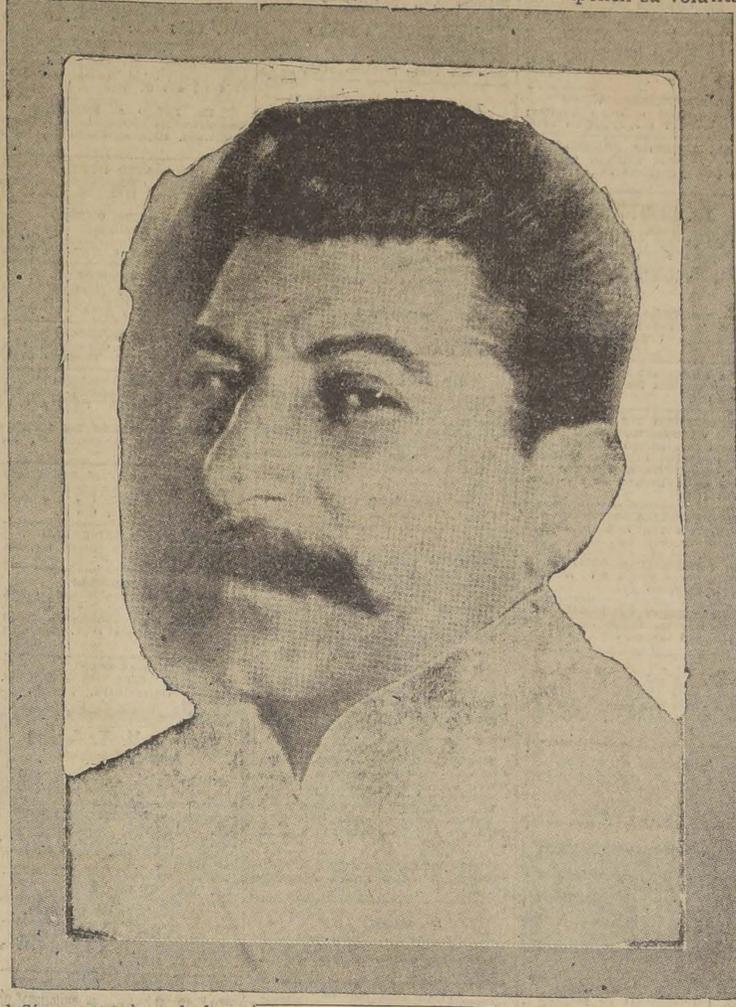
**MARINA LACTEADA CORTES**  
El mejor sustituto de la leche materna.  
Distribuidores:  
**TEATINOS 254**

**CAJA DE CREDITO POPULAR**  
PRESTAMOS sobre alhajas, ropas, objetos, pianos, al 1 1/2% Mensual  
Es sea, la mitad del interés de las agencias particulares.  
Horas de oficina:  
De 9 a 5 sin interrupción NIO.  
**¡QUE BRILLANTE Y FINO SE PONE EL CABELLO CON LA DANDERINA!**  
Danderina. M. R. A base de acetato cáustico.

# STALIN, HEREDERO DE LENIN

Quién es Stalin, el "hombre de acero" de la Rusia comunista.— Sus luchas contra el régimen czarista.— Triunfante la revolución, comienzan las intrigas entre los leaders bolshévikis.— La batalla de Trotsky contra Stalin,

Kameneff y Zinovieff.— Una vez derrotado Trotsky, Stalin consigue deshacerse de sus antiguos asociados.— La constitución de la Oficina Política, los entretelones de la política bolshévikis.— Como una minoría de un millón de hombres imponen su voluntad a 150 millones



Cuando murió Nikolai Lenin, surgió naturalmente la cuestión de quién sería el leader del Partido Comunista ruso y jefe del Estado Soviético. Sólo ahora, dos años después de que el cuerpo de Lenin fué sepultado con grandes honores en la Plaza Roja, parece posible una respuesta a esa interrogación. El 14.º Congreso del Partido Comunista ruso, que se reunió en el Kremlin durante las dos últimas semanas del año 1925, señaló el fin de la lucha por la dirección del Partido, que durante tanto tiempo había progresado, abierta o encubiertamente.

Una vez terminado el Congreso, se vió claro que el poder de Nikolai Lenin había recaído en el Secretario General del Comité Central del Partido Comunista, José Vissarionovitch Djughashvili, más conocido por su pseudónimo revolucionario de Stalin, que quiere decir "acero".

Más fué la necesidad que la fantasía, la que obligó a tantos de los revolucionarios rusos de todos los partidos a cambiar de nombres. Constantemente perseguidos por la policía czarista, era ventajoso para ellos el poder aparecer en diversos puntos con diferentes nombres, probablemente con pasaportes falsos, con el objeto de hacer perder la pista a los perseguidores.

A veces se hacía tan conocido por sus pseudónimos que ya no volvieron a tomar sus antiguos nombres ni aun cuando la Revolución había hecho desaparecer todas las razones para ocultarse. Así, el verdadero nombre de Lenin era Ulanoff, y el de Trotsky era Bronstein. El pseudónimo revolucionario de Djughashvili se adapta perfectamente a su personalidad: se dice que el mismo Lenin fué quien se lo dió después de darse cuenta de su carácter en los días en que los revolucionarios eran cazados como los primitivos cristianos.

¿Quién es este Djughashvili, o Stalin, y cómo subió a su actual posición? Bien poco conocido es fuera de Rusia, y este hecho debe ser atribuido a la personalidad que se ha creado, personalidad en la cual juegan una gran parte los elementos de misterio, secreto y reserva. Hay dos tipos sobresalientes entre los dirigentes bolshévikis: el conspirador y el agitador; y, así como Trotsky representa el último tipo, Stalin personifica al primero. Jamás habla para la prensa, rara vez se muestra en público, y de costumbre, sólo habla en las más importantes ocasiones. De resultados de esto ha adquirido la reputación de ser un hombre fuerte, silencioso, cuyas pocas palabras deban ser cuidadosamente pesadas.

Físicamente, Stalin es una figura que causa impresión, que contrasta muy favorablemente con sus dos principales adversarios Zinovieff y Kameneff, quienes, durante sus años de prosperidad, se han puesto bastante obesos. Es oscuro y de elevada estatura, de bigote crespo. Su cutis acentuado revela su origen asiático. Porque Stalin, o Djughashvili, no es de Rusia sino de Georgia, nacido en 1879 de una familia de campesinos en la provincia de Kutais, en las laderas

del Cáucaso que sirven de frontera entre Europa y Asia.

Los habitantes de Georgia, en su mayor parte cristianos, eran de las nacionalidades que el régimen czarista trató de suprimir. Muchos de ellos se hicieron nacionalistas revolucionarios, con la separación de Rusia como primer objetivo. Después de la revolución de 1917, lograron un corto período de independencia bajo los mensheviki, o socialistas moderados, hasta que en 1921, los comunistas de la región, con la ayuda del ejército rojo, derribaron al Gobierno y convirtieron a Georgia en una parte de la Unión de las Repúblicas Soviéticas.

Stalin nunca formó en las filas de los nacionalistas revolu-

El joven José no estaba destinado a ser sacerdote; los maestros pronto reconocieron en él a un elemento subversivo, y en definitiva fué expulsado. Entró entonces a la vida subterránea de los revolucionarios perseguidos por el gobierno del Czar; se incorporó al ala bolshévik del Partido Social Democrático ruso, que en ese tiempo todavía no se había dividido en las dos ramas definitivas de bolshéviks o extremistas, y mensheviki o moderados.

Nada parece indicar que Stalin en ese tiempo se dedicara a procurar librar a Georgia del yugo czarista; estaba absorto por problemas de derrocar al régimen monárquico de Rusia. Asistió a las conferencias del Par-

tido Democrático Social de Estocolmo y Londres, en 1906 y 1907, las que más que todo se ocuparon de definir las diferencias entre bolshéviks y mensheviki. Pero la mayor parte de su actividad revolucionaria se llevó a cabo dentro de Rusia, al principio en su nativo Cáucaso y después en San Petersburgo y otros centros rusos. Naturalmente, muchas veces tuvo colisiones con la policía czarista, y su vida fué una serie alternada de arrestos, prisión, destierro y escapadas. La revolución de Marzo de 1917 lo encontró en uno de estos períodos de destierro.

Stalin era un miembro prominente del Comité Revolucionario Militar, que fué la cabeza dirigente del golpe de Estado bolshévik de Noviembre de 1917. Durante el período de guerra civil, su papel fué menos notable que el de Trotsky y varios otros leaders. Lo más notable de su actuación fué la defensa de la ciudad de Tsaritsyn, en el Volga inferior (el Verdun Rojo, como lo llamó Trotsky) contra las fuerzas anti-bolshéviks. Tsaritsyn ha sido posteriormente rebautizado con el nombre de Stalingrad.

Jamás Stalin ha desempeñado un gran puesto oficial en el Gobierno soviético. En diferentes ocasiones ocupó cargos secundarios, y durante los dos o tres últimos años no ha tenido relación oficial con el Gobierno. Precisamente en este tiempo es cuando ha subido firmemente al poder.

Antes de 1922, Stalin apenas era considerado como posible sucesor de Lenin. Era conocido y respetado en los círculos comunistas como un viejo revolucionario que siempre había demostrado valor y fidelidad al cumplir las órdenes impuestas por el partido. Era uno de los más seguros ayudantes de Lenin, pero no se le creía con capacidad para ser el jefe. Su oportunidad llegó en 1922. Antes de esa fecha, el secretario del partido no había sido considerada como algo muy importante, y sus obligaciones se repartían entre varios camaradas que muy a menudo se cambiaban. Fué Stalin quien primero se dio cuenta de todas las posibilidades estratégicas de esa oficina, como centro nervioso directivo del partido. Creó para él un título que no había sido consultado en la Constitución del partido, el de secretario general del Comité Central. Esto lo hizo casi definitivamente jefe de la organización, cargo en el que ha permanecido durante más de tres años y en el cual es probable que permanezca mucho más tiempo.

Otros hombres, Trotsky, Rykoff, Zinovieff, Kameneff, tenían las posiciones visibles, se presentaban al público y aparecían en los no insignificantes como los verdaderos directores de la política soviética. Mientras tanto, el silencioso, inescrutante, laborioso secretario, moviendo los hilos entre bastidores, se hacía cada día más poderoso, más indispensable. Dominó todos los intrincados detalles de la organización del partido, y más o menos imperceptiblemente llenó los cargos estratégicos, las secretarías de las provincias y el imperio.

Vino la primera controversia de Trotsky en el Invierno de 1923-1924. Para la mayor parte del mundo ha sido un misterio el por qué Trotsky, luego de tiempo asociado con Lenin en la imaginación popular como uno de los dos principales jefes de la revolución, no heredó la dirección dejada por Le-

## ¡OH, MARGARITA!



MARGARITA DICE QUE EN AMOR NO EXISTE LA ELECCION, SINO LA SELECCION...

MARGARITA

piensa que no hay nada más delicioso que olvidar el mañana bailando en el PRINCE of WALES, un melancólico tango argentino.

nin. Hubo para esto varias razones; pero la más importante de ellas fué el hecho de que la fuerza aplastadora de la organización del partido, bajo el control de Stalin y de sus asociados de entonces, Zinovieff y Kameneff, fué lanzada contra Trotsky, y ni éste, ni nadie, es capaz de oponerse a semejante fuerza. Trotsky pudo obtener aplausos en las reuniones públicas, pero Stalin domina los votos en las Convenciones. Y, en una organización como ésta, los votos valen más que los aplausos.

La situación se hizo más complicada, después de la muerte de Lenin, en Enero de 1924. Trotsky había encontrado mucho más fácil aceptar la jefatura de Lenin que la de sus discípulos. La lucha entre Trotsky y los "antiguos leninistas" era una consecuencia casi inevitable de la desaparición del leader. Al parecer, Stalin formó un bloque con Zinovieff y Kameneff contra Trotsky, lo que dió como resultado la separación de este último del Comisariado de Guerra en Enero de 1925. Pero inmediatamente la lucha entre los tres primeros se estableció de hecho, a puertas cerradas.

Zinovieff y Kameneff eran partidarios de la expulsión de Trotsky de la Oficina Política, pequeño grupo interno de nueve miembros que guía las deliberaciones del Comité Central. Stalin, por otra parte, creía más conveniente para el Partido el tener compaña con el vencido Trotsky. Esta política fué la que triunfó; Trotsky fué depuesto como Comisariado de Guerra, pero se le permitió permanecer en la Oficina Política.

El triunfo de Stalin se reflejó, tanto en las deliberaciones del Congreso del Partido, como en las elecciones para los órganos ejecutivos de la Oficina Política, que dejó a un lado a Kameneff y se ha integrado con tres nuevos miembros: el Presidente Kalinin, el Comisario de Guerra Voroshiloff y Vyacheslav Molotov, que ha sido la mano derecha de Stalin en la organización del partido. Todos ellos son decididos partidarios de Stalin; y si se toma en cuenta que otros tres de los miembros de la Oficina Política, que son el Premier, Rykoff, Tomsky, presidente del Consejo ruso de los Trade Unions, y Bukharin, editor del "Pravda", que constantemente estuvieron del lado de Stalin, se puede calcular la importancia de su posición actual de jefe. Aunque Stalin, como todo comunista, espera que su partido ayude a los grupos similares de todo el mundo, no cree que sea inminente un movimiento revolucionario internacional en grande escala, ni que la política del Soviet deba basarse en semejante esperanza. Tampoco cree que el capital extranjero haya de desempeñar un gran papel en la transformación de su país, y está convencido de que Rusia, tarde o temprano, encontrará dentro de sus fronteras el capital necesario para su progreso industrial.

La jefatura de Stalin parece indicada para continuar. Si se le compara con Zinovieff y Kameneff, es un caso claro de supervivencia del más apto. Sostiene la misma corriente de Lenin. Durante los últimos meses de la jefatura de éste, era corriente el dicho: "Lenin confía en Stalin; Stalin no confía en nadie." Este es el mejor certificado de su lealtad hacia el jefe desaparecido.

La tarea que tiene a su cargo Stalin es una de grandes responsabilidades y que nunca termina; pero parece apropiado para hacerla frente. A menos de que ocurra algún accidente imprevisto, lo más probable es que continué durante muchos años en los Congresos Comunistas, permaneciendo al mismo tiempo, como una potente fuerza en el Gobierno del Soviet, ya sea manejando los hilos entre bastidores, como al presente pretiere hacerlo, o quizá el ocupando un cargo público de mayor expectación, si la ocasión se presenta.

P. M.

## La medalla

Cuento por PIERRE MORTIER

Era una de esas ómnibus parisienses cuyos comensales son citados al día siguiente en los ecos de sociedad de los periódicos. La dueña de casa era una respetable dama que se ocupaba de arte y de política; su esposo, un anciano silencioso y distinguido, que había adquirido una brillante reputación como coleccionista de medallas y monedas. Los invitados pertenecían a las clases sociales más elevadas; la política, el arte, el Ejército, la literatura, la Medicina, etc., tenían en aquellos salones la más brillante representación.

Antes de pasar a la mesa, la dueña de casa había llamado a sus invitados y les había anunciado para los postres una sorpresa extraordinaria. Pero desde el segundo plato los comensales estaban impacientes; querían saber, y cediendo a tanta insistencia, la señora les dijo:

—Señores: les he reunido aquí, primero, por el placer de tenerlos a mi mesa, y luego, por la alegría de enseñarles un tesoro único: el ejemplar más raro contemplado hasta hoy. Hace un mes que lo poseo: viene de Egipto. Es la perla de mi colección. He pagado por ella descendidos mil francos, y la venderé por un millón cuando me plazca.

Se hizo un gran silencio. ¡Una antigüedad que valía un millón no era un espectáculo ordinario!

—Hela aquí— prosiguió la dichosa propietaria, tendiéndola a su vecino.

Era una especie de medalla de oro, de cinco a seis centímetros de diámetro. Circuló de mano en mano, pues todos querían verla. ¡Tener un millón en una mano, aunque no sea más que un instante, no es cosa permitida a todo el mundo! La medalla circulaba de mano en mano; pero de pronto desapareció. Fué buscada en vano. Al asombro siguió el estupeor.

—¿Qué misterioso ladrón se había introducido en aquel antaño recinto?

comedor y había adoptado el rostro respetable de uno de aquellos huéspedes lustrados?

—Todos se miraron con terror. El numismático estaba lívido, y su esposa se abanicaba nerviosamente sin decir una palabra.

Entonces, un autor dramático, como hombre habituado a resolver las situaciones más difíciles, dijo:

—Todos nosotros somos gente honrada, nos conocemos y tenemos plena confianza los unos en los otros. No tengamos, pues, un estúpido amor propio! Ha desaparecido una medalla que valía un millón. Estoy seguro de que se encontrará; pero como es posible que uno de nosotros la tenga inadvertidamente, propongo que vamos a buscarla en bolsillos.

Esa proposición fué aceptada con alegría, casi con entusiasmo. Y fué para todo el mundo un placer depositar sobre la mesa, ante la mirada estupefacta de los dueños de la mansión, pañuelos, llaves, monedas, cartetas, cigarreros, cajas de cigarrillos o pastilleros.

Sin embargo, dos de los invitados no habían vaciado sus bolsillos. Uno de ellos se disponía a hablar cuando el otro lo detuvo energicamente:

—Encuentro que este medio de investigación es humillante para nosotros. Yo no me someto a él.

—¿Yo tampoco!— repuso el otro.

El primero era un académico que contaba los más ruidosos éxitos en el teatro y en la novela; al segundo, un general que había vencido en muchísimas batallas.

Todos los asistentes protestaron:

—Pero si nadie sospecha de ustedes! Bien lo saben!

—Así lo creo— replicó el académico.

—Es usted muy dueño de proceder como le parezca— repuso acaloradamente el coleccionista.

Imaginándose cómo siguió la cena impresionantemente. Dejaron el comedor para pasar al salóncito de fumar. Al levantarse, la dueña de la casa dejó caer la famosa medalla, que estaba entre los pliegues de su vestido, bajo la servilleta. Todos lanzaron un suspiro de alivio y se precipitaron hacia los dos sospechosos, sintiendo la necesi-

dad de asegurarse de su simpatía y confianza.

—¿Pero por qué han rehusado vaciar los bolsillos?— preguntó el cronista al académico y al general.

—Ahora lo sabrá— respondió el escritor.

Y buscado en su bolsillo, sacó... un tesoro único que acababa de causar tanta emoción.

—Querido amigo— continuó, desolado, dirigiéndose al coleccionista—; yo había traído esta medalla para enseñársela, pero cuando he visto la suya, exactamente igual, no he querido decirle ante todos los invitados que su estimación era un poco fantástica. Su medalla no es rara, no es incomparable, no vale un millón; pero yo he pagado por ésta mil doscientos francos!...

Pero si hubiera vaciado mis bolsillos cuando aún no se había encontrado la suya y hubieran visto ésta, me hubieran tomado por un ladrón. Y lo mismo se me ha juzgado ante mi resistencia. ¡He aquí cómo un exceso de buena educación puede perder a un hombre honrado!

—¿Y usted?— preguntaron al general.

—Yo— respondió titubeando— también puedo confesarlo ahora. No vacié mis bolsillos porque me había guardado tres bombones que me proponía llevar a mi esposa... conforme suelo hacer cada vez que concurro a alguna fiesta...

P. M.

# MIL SOBRETODOS PICCADILLY

## SE REALIZAN

PRECIOS UNICOS

### \$ 200.- y \$ 250.-

Surtido en novedades de última moda, el más extenso surtido en plaza

# SASTRERIA G. RUDDOFF

ESTADO 138